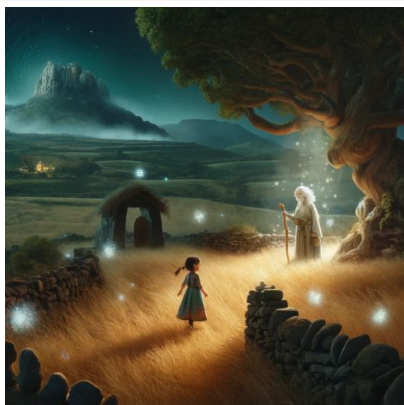




Ari y el secreto de Burriac

En un pequeño pueblo cercano a Barcelona, rodeado de campos y con vistas a la imponente montaña de Burriac, vivía Ari, una niña de seis años con una curiosidad incansable.

Una tarde, mientras exploraba los campos, encontró una flauta de madera enterrada bajo la sombra de un roble centenario. Estaba decorada con símbolos antiguos que parecían bailar al sol. Ari sopló una nota y, de repente, el viento comenzó a susurrar secretos entre las hojas.

Ante ella apareció una anciana de cabellos blancos como la luna y ojos profundos como la noche.

—Hola, Ari. Soy la Guardiana de la Montaña. Has despertado a los espíritus con la flauta de nuestra protectora, perdida hace siglos.

La Guardiana la condujo por un sendero oculto hasta una cueva. Luces mágicas danzaban sobre las paredes y mostraban historias de tiempos antiguos.

—Burriac es un lugar de poder —explicó—. Su fuerza vive en las raíces de la tierra y en el corazón de quienes la aman. Con esta flauta podrás protegerla.



Ari aprendió melodías capaces de llamar a la lluvia o calmar el viento. Cada nota era una palabra en el lenguaje secreto de la montaña. Prometió utilizar aquel don para mantener el equilibrio de la naturaleza y compartir su belleza con los demás.

Después de la escuela regresaba a la cueva para seguir aprendiendo. Su amistad con Burriac quedó unida a las leyendas del pueblo e inspiró a todos a cuidar el mundo natural y escuchar las historias que trae el viento.

Enseñanza del cuento

Conocer nuestro entorno nos ayuda a amarlo; y cuando lo amamos, sentimos la responsabilidad de protegerlo.